

y una con otra tiene cinco personas para el servicio público. Entre estas tiendas de café hay diez que se llaman las principales; y en cada una de ellas el gasto anual importa mas de treinta mil escudos, con que se pagan los géneros de lujo, y el salario de los que sirven. Estos son mil á lo ménos en las doscientas tiendas de Roma. No se puede negar que son sumamente grandes los gastos que se hacen por cosas de lujo; y que con notable daño de la sociedad se emplea en las artes que le fomentan, parte considerabilísima de artesanos y labradores. Pasando por Boloña, é informándome de las personas que se ocupaban en artes y oficios de lujo, oí á un gran político forastero, que en ella estaba, que se contaban cinco mil boloñeses empleados en los teatros de Europa. Sin exágeracion se podrá afirmar que hoy se emplean en artes y oficios de lujo diez veces mas personas que se empleaban tres siglos ha. Estas personas, que en otro tiempo trabajaban para ser útiles á sí y á la sociedad, ahora se mantienen á espaldas de esta. ¿Qué servicio hace á la subsistencia humana la tropa de innumerables hombres empleados en mantener y fomentar los géneros y manufacturas de lujo? ¿Cómo vive? Con los trabajos de otros. Tres siglos ha casi todos los hombres, que por sus circunstancias ó nacimiento eran destinados al trabajo corporal, aumentaban con él los medios de su subsistencia; y no obstante sabemos que estos no eran demasiados: ahora que no los aumentan, y que muchísimos de ellos deben vivir con las fatigas de otros, ¿podrá creerse que los hombres tienen lo necesario para vivir? Si los medios para la subsistencia van faltando, debe disminuirse la poblacion. Subsistencia de los hombres y poblacion, son una misma cosa, cuyo aumento ó decremento depende del mayor ó menor número de los que se

se ocupan en los oficios y en las artes mas necesarias para la subsistencia de la sociedad. En mis viages, aun desde jóven, en España é Italia, he tenido la curiosidad de informarme del número de personas de los países en que me detenía algun tiempo, y del número de artesanos y labradores; y constantemente he observado, que los lugares en que á lo ménos el número de labradores no es la mitad de la poblacion, se despueblan sensiblemente; y por lo contrario se aumenta la poblacion en que los labradores hacen mas de su mitad. Las ciudades grandes en que el número de labradores no llega á ser ni la quinta parte de los ciudadanos, no se despueblan, porque se re-nuevan con los forasteros que en ellas se avendinan; mas son devoradas de las poblaciones pequeñas. La frugalidad se halla siempre en la poblacion, así como el lujo siempre se halla con la despoblacion; y las causas de esta lo son del lujo. La viciosa existencia de este se demuestra con la única legislacion á quien debe su origen, y con los efectos que de ella necesariamente resultan. La hacienda y las personas son libres por naturaleza: los hombres para su mayor bien limitaron racionalmente los derechos de su libertad física, sin cuya limitacion no podian incorporarse en la sociedad, en que gozan de la mayor y mejor libertad civil. La hacienda perdió la libertad física con el dominio de los particulares que la hicieron propia; pero este dominio se debe sujetar al alto de la sociedad, contra el qual no puede prevalecer el de los particulares en perjuicio de la misma sociedad; ni esta puede conceder tal preferencia al dominio de los particulares. Mas esta preferencia causa de innumerables desórdenes, se concede por la sociedad, quando sus leyes permiten que se pueda vincular eternamente la hacienda á favor de uno solo de

de la familia en cada generacion. El labrador que á la vigorosa vid dexa solamente una guia, la vicia é impide la abundante produccion de sus frutos. Esto hacen en la sociedad respecto á la poblacion los fundadores de mayorazgos. Las leyes fideicomisarias, tiránicas en su institucion y en sus efectos, son la causa y motivo de que los primogénitos, llamados comunmente para poseer todos los vínculos, llenos de orgullo y de riquezas, fomenten el luxo y los vicios, y esterilicen las casas. En familia que tenga vínculos ó mayorazgos, es infeliz el hijo que no es primogénito. La sociedad no le concede otra gracia sino la de haber nacido en ella. Los primogénitos embriagados con la abundancia de bienes superfluos, se ocupan solamente en idear objetos de luxo y placeres: tanto, dicen, para el fausto de carrozas: tanto para cebar la gula: tanto para loquear en los saraos; y tanto para dádivas viciosas. No piensan en utilizar sus tierras, ántes parte de ellas destinan al luxo de jardines. No temen hacer gastos superiores á su renta, porque despues de su muerte dexán á sus hijos el mayorazgo sin obligacion legal de pagar las deudas. He aquí en la sociedad hombres autorizados por sus leyes para viciarla y arruinarla. El mayorazgo que desde su institucion cuenta mil años de antigüedad, ha tenido treinta poseedores, que han sido otros tantos tiranos de sus familias y de la sociedad. ¿En qué se emplea hoy la renta de cien mil ó mas escudos que tienen las familias de los ricos hombres de primera clase? Se mantienen con ella mil ó mas personas: ¿mas qué personas? casi todas destinadas á la ociosidad, y á fomentar el luxo. Una tropa de ella se mantiene en la ociosidad de las salas: otra en las cocinas, destruyendo montes y animales: otra ocupada en hacer muebles de luxo; y poquíssimas personas se emplean en

en artes y oficios útiles á la sociedad. Las casas de los primogénitos son la escuela del luxo, y de las personas viciosas y nocivas á la sociedad. El origen del luxo se halla en las tiránicas leyes que, fomentando la soberbia y ambicion de los que mueren, permiten que ellos vinculen todas sus haciendas á favor de uno solo de sus descendientes. El número de poseedores de las haciendas se va disminuyendo; y al mismo tiempo se aumenta la perpetua desigualdad entre los miembros de la sociedad, en orden á los bienes de fortuna. Esta desigualdad produce en pocos suma abundancia, y multiplica las causas del luxo; y en muchos produce la extrema lamentable miseria que reduce á desiertos los países poblados. Toda desigualdad legal que no sea personal, y proveniente del mérito, arruina los estados. Mas para que la infelíz humanidad sea mas desgraciada en nosotros que lo fué en los antiguos, y mas que en nosotros lo sea en los venideros, las leyes autorizan y eternizan toda desigualdad hereditaria, y miran como sacrosanta la que los mayorazgos introducen para aumentar todos los manantiales viciosos del luxo. El luxo es siempre relativo á la mayor ó menor desigualdad que hay en el número de poseedores en cada país. Si la desigualdad crece, se aumenta el luxo, y este va disminuyendo á proporcion que va faltando la dicha desigualdad. Prueba práctica de esta máxima tendrá qualquiera que haga cotejo entre poblaciones que, iguales en número de habitantes un siglo ha, sean desiguales en el número de vínculos y mayorazgos. Las leyes pues, para desarraigar el luxo, deben proteger é introducir la igualdad de bienes en los miembros de la sociedad; y en este caso, creciendo el número de poseedores de

de las haciendas, crecerán los medios necesarios para la subsistencia humana.

A estas providencias, las mas esenciales para deterrar el luxo nocivo á la sociedad, se deben añadir otras notorias, y tan antiguas como el luxo. Providencia oportuna es la que Platon en el libro 3 de su república prescribe, prohibiendo que en ella ninguno introduxese mercaderías forasteras, si no fuesen necesarias. Licurgo, como dice Plutarco en sus apogemas, echó de Esparta las cosas raras y superfluas, y prohibió que en ella se estableciese mercader alguno. La nación nérvia, dice Julio Cesar en el cap. 8. del libro 2 de sus comentarios, no permitia la entrada á los mercaderes, y aborrecia las cosas de luxo, porque con ellas se relajaban el valor y los ánimos. Providencia útil, (cuyos buenos efectos se estenderian á las costumbres) seria la de prescribir vestido moderado y propio para toda clase de personas. Alejandro Severo, conociendo la utilidad de esta providencia, "pensó, dice Lampridio en su vida, en señalar vestido propio á todos los artesanos, y á todas las personas constituidas en dignidad, para que por él se distinguiesen; y tambien á todos los criados para que se diferenciassen, y ninguno pudiese ser sedicioso. No puso en execucion su pensamiento por disuasion de Ulpiano y Pablo; y ordenó solamente, que los caballeros romanos se distinguiesen de los Senadores en el vestido." Entre los Chinos, luego que el imperio empezó á establecerse bien, se introduxéron vestidos característicos de las personas. En los anales Chinos (1), al año 2600.

(1) Storia generale della Cina, ovvero annali cinesi tradotti dal gesuita Giuseppe de Moyriac de Mailla. Siena, 1777. 8.

antes de la era christiana se lee: "Hoang-ti dió á su pueblo la forma de vestidos que se hizo comun á todos en el uso ordinario; y quiso que ella fuese diversa en los dias de ceremonia, especialmente en los de sacrificios, para que se conociese la clase de cada oficial." En los mismos anales se describe la forma que Hoang-ti dió para hacer los vestidos; y en el año 1598 antes de la era christiana, se lee: "Cha-hao sucesor de Hoang-ti, quiso mudar algo en la forma de los vestidos introducidos por Hoang-ti, en orden á los mandarines (ó superiores) para los dias de ceremonia: porque no se distinguia bien la diferencia de sus grados." Despues se describen los vestidos señalados para distinguir las diversas clases de mandarines: los quales vestidos, como tambien los antiguos del pueblo, se conservan aun en el imperio chino, como se usaban mas de quatro mil años ha. La China no cede á ningun imperio en la antigüedad y bondad de sus leyes civiles; y sobrepaja á todos en la religiosa y continúa observancia de ellas. La forma de vestidos que caracterize las diversas clases de personas, no es objeto indiferente en la sociedad, sino de mucha importancia para oponerse á los progresos nocivos del luxo, y para moderar la libertad, de que freqüentemente se abusa. Permítase que los eclesiásticos y regulares se confundan con los seglares en el vestir, y luego se observarán perniciosos efectos de la libertad nociva que se tomarán los eclesiásticos y regulares. Estos efectos se experimentan en los seglares distinguidos, que se confunden con el pueblo en el vestir. El vestido propio y respectivo á cada clase de seglares, debia usarse con no ménos exáctitud y rigor, que tienen los militares en usar su uniforme. Tantos bienes resultan á la sociedad por la distincion de los vestidos

que deban usarse siempre, que no sería rigorosa la ley que contra los infractores fulminase la pena de degradacion de sus honores, en caso que no llevasen los vestidos que correspondian á su clase.

Para desterrar el luxo nocivo serian buenas otras providencias semejantes, á las quales debia preceder la principalísima y necesarísima de abolir todas las leyes que dan causa, fomentan y conspiran á aumentar entre los miembros de la sociedad, la desigualdad hereditaria de bienes de fortuna; y de pronunciar nuevas leyes, que reduzcan los dichos miembros á la mayor igualdad de bienes. Procurese desterrar la desigualdad, y promover la igualdad en los bienes con leyes justísimas que restituyan á los bienes la libertad útil que han perdido con las iniquas leyes de mayorazgos; leyes justísimas, vuelvo á decir, y necesarias, contra las que nunca puedan lícitamente prescribir las de los mayorazgos, mal permitidas por la sociedad, que no tiene facultad para formar legislación contra su felicidad. Lo que no fué lícito en su principio, no pudo hacerse con la continuacion del tiempo. Distribuyanse entre los hijos los bienes del padre, á que la naturaleza le da derecho, y que la felicidad de la sociedad pide, y hace comunes; y luego empezará á desaparecer el luxo, que apesta á las naciones civiles. Los primogénitos en este caso renunciarán á sus gastos voluptuosos, y con estos se proveerá á la subsistencia de los hermanos y de sus descendientes. La pompa entonces no se creará propia de los particulares que con ella se arruinan, sino de la sociedad en cuerpo. El pueblo romano, decia Ciceron, (1) aborrece el luxo

(1) Ciceron: Orat. pro. L. Murena.

zo de los particulares, y ama la pública magnificencia.

Se ha difinido el luxo: se han expuesto sus efectos lamentables: se han descubierto su raiz y verdadero origen: se han señalado los medios para desarraigar el luxo, ó impedir que brote su semilla. Los apologistas del luxo no pueden dar cógrua y clara solucion á los argumentos que contra él se ponen; mas insisten diciendo que las naciones que mas han promovido el luxo, son las mas civilizadas, y mas poderosas. Ninguno, respondo á los apologistas, niega que el luxo en los hombres fomenta la vanidad y los deseos de ver á otros, y de ser vistos. Ninguno se engalana para ocultarse á la vista humana; ántes bien para presentarse á ella. El que mas se engalana, tiene mas deseo de ser visto. Mas de la vanidad, efecto del luxo, segun todo principio, no del christianismo, sino de la ética, no pueden resultar actos virtuosos, sino viciosos: esto que la razon conoce, se enseña por la experiencia. Y del ansia de ver, y ser vistas en público las personas, ¿qué bienes resultan á la sociedad? La ociosidad, los juegos, los teatros, y la mayor y mas perniciosa libertad. Si todo esto se llama civilizacion por los apologistas del luxo, les concederé que este hace á los hombres civilizados, esto es, viciosos; pues que la civilizacion de tales apologistas es el vicio, segun los principios de la razon. Si el luxo hace civilizadas las naciones, ¿por qué los japones, que exceden infinitamente á los chinos en él, no los exceden en humanidad; ántes bien son inhumanos y crueles? Egipto, Grecia y Roma, quando no conocian el luxo, eran célebres en la humanidad y en la observancia de los derechos naturales; y en tiempo de luxo Roma fué inhumana y cruel. El martirio bárbaro, de que fueron víctimas tantos christianos, solamente

porque no abrazaban las máximas irracionales del paganismo, prueba bien la inhumanidad y crueldad de los romanos civilizados: sus emperadores, como nota Zósimo (1), trataban á sus súbditos como á siervos. Yo conozco, y concedo que las naciones civilizadas viciosas no suelen exercitar los actos públicos de inhumanidad que las bárbaras; mas lo exercitan ocultamente con la mayor crueldad, como en el presente siglo los han exercitado muchas naciones europeas, cuya historia, escrita en el siglo venidero con crítica y verdad, parecerá historia de los siglos de la inhumanidad. Los pocos sabios y políticos, que sepan fundamentalmente los hechos grandes que en el siglo venidero se publicarán, no me negarán ser cruelísimas las naciones civilizadas en su mayor lujo ó corrupción de costumbres.

El lujo, se me opone, hace poderosas las naciones, como lo es la francesa. Yo responderé así: Sesostris con su tropa, criada en la frugalidad, y sin noticia del lujo, hace inmensas conquistas. Persia, que no conoce el lujo, despoja de sus bienes á los egipcios, y vence á los asirios; hereda el lujo de los vencidos, y queda vencida por la frugal tropa de los griegos. Julio Cesar con tropa republicana, criada entre los trabajos, y sin lujo, forma la grandeza del imperio romano. España aguerrida y frugal, mantiene siempre viva guerra contra los sarracenos, y los arroja de su seno; y despues, sin haber perdido sus bríos, y gozando aun los efectos de su frugalidad, añade á su reyno innumerables conquistas, que dilatan

(1) *Zosimi historia gr. ac lat. interpr. Io. Leunclavio Sc. edente Christoph. Cellario. Yene, 1728. lib. 1. §. 5.*

tan inmensamente los límites de sus dominios. Holanda, sin lujo, y con frugalidad, que suele ser característica de las repúblicas, junta á sus inmensas riquezas un poder que, respecto de su pequeño estado, se puede y debe llamar extraordinariamente grande. Francia es poderosa, porque, como ántes se insinuó, los efectos funestos de su lujo descargan pesadamente sobre otras naciones europeas: si estas los procuran evitar, ó últimamente ceden á ellos, Francia será ménos poderosa; y las convulsiones que actualmente padecen su erario y gobierno, son efectos claros de la enfermedad peligrosa que le ha acarreado la peste del lujo. Este causa la mortalidad de los reynos; pero en su obrar imita mas las enfermedades lentas que las agudas. Empieza por las cortes y por las ciudades de gran comercio con los forasteros, y se difunde poco á poco hasta llegar á las poblaciones pequeñas.

El vulgo es nervio fuerte de la subsistencia humana; por tanto, esta empieza á faltar sensiblemente quando el lujo se ha hecho vulgar. Los exemplos de los soberanos son siempre luminosos, públicos é incitantes al bien ó al mal. Estos, con la moderacion de sus cortes, pueden impedir los progresos del lujo en sus súbditos; y por lo contrario, con la pompa inútil promueven el fausto en ellos: los soberanos darían exemplos dignos de la suprema dignidad que los condecora, si del erario público, consultando á sus consejeros, señalaran la renta propia para mantenimiento de su corte personal: de este modo limitarían mas fácilmente los gastos supérfluos; no se expondrían á hacerlos, no contando para ellos con la renta necesaria y determinada para las necesidades de las naciones, y darían á estas la gran satisfaccion de mostrarles su economía y buena distribucion de rentas públicas.

Se ha puesto pues el lujo en el punto de vista mas claro respecto á sus efectos, no menos funestos que necesarios, y á sus causas capaces de reforma. A la ética y á la religion toca proponer la causa primitiva, que inclina al lujo, y se funda en la corrupcion de la naturaleza humana. "El lujo, dice bien Séneca (1), proviene de la misma naturaleza, que se vale del ingenio para crecer en vicios. Al principio empieza el hombre á desear cosas superfluas, después de dañosas, y últimamente sujeta el espíritu al cuerpo, inventando modos y maneras de servir á este. Así todas las artes, los instrumentos y las invenciones que hacen ruidosas las poblaciones, pertenecen al cuerpo, que ántes era siervo, y ahora es amo." El hombre, teniendo ántes á la naturaleza por guia y ley, inventó por necesidad y decencia los vestidos para cubrir y defender sus carnes; y con el lujo ha inventado vestidos que, puestos sobre ellas, las dexan desnudas, como dicen Plinio (2) y Séneca (3) hablando de las modas de su tiempo, que han vuelto á resucitar en el nuestro. El hombre, por vanidad natural, se inclina al lujo, como vicio: en donde está la naturaleza humana, no siempre se halla la virtud, pero nunca falta el vicio; y por esto debe haber lujo mayor y menor donde hay hombres. Autorizan prácticamente esta verdad las historias antiguas; y la enseña la experiencia presente de nuestros tiempos, en que, si no es mayor el lujo que en los

(1) Séneca, epist. 90.

(2) Plinio, historia natural, lib. 12. cap. 27. *Teleas areneorum modo texunt ad vestem, luxumque foeminarum... non fraudanda gloria excogitate rationis un denudet foeminas vestis.*

(3) Séneca, en la epístola citada.

los antiguos, á lo ménos es mas universal. A esta universalidad concurren varias causas particulares y propias de las circunstancias presentes. Ahora se escriben muchos discursos á favor del lujo; y la antigüedad no conoció ni leyó otros sino contra el lujo. Ahora muchos políticos le defienden y aconsejan; antiguamente todos los sabios le vituperaban: ahora se pretende valorar con la razon la experiencia del mal exemplo del lujo; ántes le era aquella siempre contraria: ántes las naciones vivian comunmente aisladas; ahora todas se visitan y comercian mutuamente, comunicándose todos los vicios. Conoció bien Platon los males que acarrea el abuso del comercio, utilísimo solamente quando las naciones se surten reciprocamente con él de los géneros necesarios; y por esto quiere que su república esté cerca del mar, pero de modo que evite los daños que la cercanía á este suele ocasionar: "Ponemos, dice, la ciudad cerca del mar, para que se aproveche de géneros forasteros; y no queremos que esté vecina al puerto, para que éstos no la corrompan con sus costumbres." Llamó justamente Platon al mar maestro de la maldad, segun comprueba la continua experiencia; pues universalmente se advierte, como nota Boteri (1), que los pueblos vecinos al mar son mas astutos y mas sagaces en todos sus negocios, que los de tierra adentro; y generalmente las poblaciones marítimas de cada nacion son las mas viciosas.

(1) Boteri citado, lib. 2. §. del sitio de' paesi, p. 61.